

Geografías del terror en Colombia

Iñigo ERREJÓN GALVÁN
 Universidad Complutense de Madrid
 ierrejon@cps.ucm.es

Ulrich Oslender (2008) *Comunidades negras y espacio en el Pacífico colombiano. Hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 355 pp.

El territorio ha sido, es y seguirá siendo el espacio que posibilita el desarrollo de la vida a través de los tiempos
 (Consejo Comunitario Guapi Abajo, 1998)

Una de las muchas víctimas de las dinámicas de guerra que sacuden Colombia es la autonomía de los sectores sociales subalternos. A menudo las representaciones del país lo imaginan como un escenario “plano”: un tablero donde se enfrentan actores militares en pugna por territorios homogéneos e indiferenciables —en un conflicto político central atravesado por otras violencias “difusas”— cuyas acciones condicionan la vida de las poblaciones locales. Esta fotografía contiene, desgraciadamente, mucho de verdad, pero también mucho de reducción y simplificación.

Ulrich Oslender, actualmente profesor en la Universidad Florida Internacional de Miami, y doctor en geografía por la Universidad de Glasgow, escribe su libro con dos objetivos explícitos: hacernos conocedores de las formas de vida y resistencia en el territorio del litoral pacífico colombiano, y reivindicar, desde el estudio de ese *lugar* concreto, la incorporación de una sensibilidad geográfica en el estudio de los movimientos sociales, su *espacialización* —esa palabra que, de manera altamente simbólica, siempre hace saltar el corrector de mi procesador de textos—. Al estudio particular del Pacífico colombiano lo acompaña una pretensión teórica de largo alcance: defender la centralidad de la dimensión espacial en el estudio de los fenómenos sociales, y la del concepto de *lugar* como el espacio dotado de significado por la acción humana.

En su prólogo al libro, Arturo Escobar señala que el de Oslender, muy en sintonía con sus propias investigaciones, es un estudio riguroso y comprometido con los sujetos de los que habla. Gracias precisamente a su enfoque geográfico no se les impone a los habitantes y las comunidades del pacífico colombiano ninguna categoría o “a priori” universal, sino que se reflejan sus autopercepciones, imaginaciones y prácticas desde una atención prioritaria al *lugar* que habitan y producen. Desde este *lugar* enfrentan, en formas específicas y propias, las dinámicas depredadoras que David Harvey llama de “acumulación por desposesión”. Un enfrentamiento por el territorio, como lo señala Escobar:

Lo que pretende la máquina capital-Estado-guerra es la transformación del Pacífico [colombiano] en territorio de conquista y rapiña para la más rápida acumulación. El balance entre ambos proyectos depende más que nada del control sobre el territorio

Esta lucha por el territorio —por el espacio físico pero también por la atribución de significado, ordenación y reglamentación de éste— es el corazón de la política. Es revelador el ejemplo de la reivindicación de Gramsci por parte de Edward Said, como uno de los primeros teóricos radicales con sensibilidad geográfica; lo hacía en estos términos: “era político en el sentido práctico, concibiendo la política como un conflicto por el territorio [...], por el que se lucha, que se controla, mantiene, pierde, gana”*.

Oslender defiende que, para conocer cómo se desarrolla esta pugna y qué cabe esperar de ella, es prioritario comprender el *lugar* del que emerge el movimiento: Dónde viven las personas que lo conforman y qué significa para ellas vivir allí. El análisis del libro, en ese sentido, atiende por una parte a los imaginarios y prácticas de las comunidades negras, y por otra a las estrategias políticas de los movimientos sociales del pacífico colombiano para proyectar un “contraespacio” que defiende su territorio como condición prioritaria para la vida, la soberanía, la identidad cultural y la autonomía de las comunidades negras del litoral pacífico colombiano.

La de Ulrich Oslender se puede llamar una investigación de geografía cultural, nutrida por técnicas de etnografía, pero que tiene una finalidad eminentemente política: se inscribe en los estudios de movimientos sociales, proponiendo pensar las agencias sociales desde el *lugar* de donde surgen, siguiendo la afirmación del geógrafo político John Agnew: “el lugar es donde la estructura y la agencia convergen”. Desde esta sensibilidad acuña Oslender el concepto de “espacio acuático”, con el que describe las precondiciones de existencia y emergencia del movimiento, para explicar las formas de relaciones sociales de las comunidades negras en el Pacífico colombiano, profundamente condicionadas por un medio físico y cultural marcado por el agua.

El capítulo segundo del libro está así dedicado al repaso de las principales teorías del estudio de los movimientos sociales: la “teoría de la movilización de recursos” y la “perspectiva identitaria”, y se cierra con una propuesta ecléctica de combinarlas ambas en una lógica “antibinaria” informada por la perspectiva geográfica, que se concreta en el siguiente capítulo. Tras dar cuenta del escaso peso de la dimensión espacial en la literatura convencional sobre los movimientos sociales, discute y define los conceptos de “espacio” y “lugar” como términos claves para una geografía de los movimientos sociales que puede aportar mucho a la literatura de esa disciplina. Emplea para ello, como columnas centrales de su marco teórico, a Henri Lefebvre y su “producción del espacio”, y la conceptualización de “lugar” que hace John Agnew. El primero para examinar hasta qué punto por medio del “espacio representacional” las subjetividades y saberes locales construyen un contraespacio para su proyecto político, y el segundo para construir una *perspectiva de lugar* sobre los movimientos socia-

* Edward Said, citado en Bob Jessop: “Gramsci as a spatial theorist”, *Critical Review of International Social and Political Philosophy*, 8 (4), 2005, 475.

les a través de los conceptos de “ubicación” (*location*), “localidad” (*locale*) y “sentido de lugar” (*sense of place*).

La metodología de la investigación y sus técnicas están detalladas en el capítulo cuarto, cuya segunda parte constituye una compilación amena de experiencias vividas por Oslender durante su observación participante en el Pacífico colombiano.

Los capítulos quinto y sexto se dedican a estudiar los conceptos del marco teórico tomados de Agnew, reelaborándolos en la experiencia concreta de la investigación. En primer lugar, el de *sentido de lugar acuático* como precondition espacial para la acción colectiva del movimiento de comunidades negras en el Pacífico colombiano. Para ello Oslender indaga en la tradición oral local a través de las voces de campesinos, pescadores, curanderos: el sentimiento subjetivo de habitar esa parte del mundo. Esta tradición funciona como *sitio de resistencia*, un recurso fundamental movilizad por los movimientos sociales en su búsqueda de “contraespacios”: de desafíos a los diseños globales que el capital y el estado colombiano pretenden imponer al pacífico negro colombiano. A continuación, reexaminan la *ubicación* y la *localidad* de la región: el escenario en el que opera el movimiento. La *ubicación* es el espacio físico de una selva húmeda atravesada por redes fluviales y ciénagas de manglares. La *localidad* la construyen las relaciones sociales espacializadas (patrones de asentamiento, propiedad de la tierra, transporte, parentesco, etc.) en las cuencas de los ríos. Estos dos, sumados, producen la “lógica del río”, el flujo de la vida tradicional en esa región, que es luego la base para la actuación, la identidad y el reclamo de los movimientos. Se echa en falta, sin embargo, en la “ubicación” de la región, una óptica que dé mayor énfasis a las dimensiones económico-políticas: su contextualización en la economía-mundo y en la dinámica nacional colombiana, con alguna referencia al conflicto armado.

Los siguientes capítulos, el séptimo y el octavo, los dedica el autor a examinar la puesta en práctica de los conceptos que ha fraguado: “espacio acuático” y “lógica del río” en la disputa jurídico-política por la autonomía territorial de las comunidades negras del pacífico, abierta con la Constitución Colombiana de 1991 y las disposiciones legales que respondían a las reivindicaciones territoriales del “Pacífico negro”. Una atención prioritaria a los “Consejos Comunitarios” formados en las cuencas de los ríos de la región, y que funcionan como espacios contradictorios de resistencia, negociación y cooptación entre diferentes actores: movimientos sociales, partidos políticos nacionales, empresas multinacionales, instituciones del Estado colombiano. En esta interacción, las empresas con ambiciones en la región desarrollan un “ajuste discursivo” —un concepto que un Oslender postestructuralista deriva del “ajuste espacial” con el que Harvey describe la expansión geográfica capitalista en las crisis de sobreacumulación— con el que pretenden inaugurar una nueva relación con la naturaleza, representada ahora en términos de “desarrollo sostenible” y “conservación de la biodiversidad”, reconociéndole a las comunidades poder territorial para administrar sus saberes locales tradicionales, pero encomendándoles la protección de esos ambientes para una explotación intensiva y tecnologizada, que por sobretodo busca usurpar el conocimiento sedimentado en el *sentido de lugar: las representaciones dominantes del espacio reconocen el valor del espacio representacional* (los conoci-

mientos locales de la naturaleza) en el proyecto de repensar y conservar la naturaleza como una condición de producción viable.

El libro de Oslender es una aportación valiosa al estudio de la acción colectiva, que es tanto más robusta cuanto más se sustenta en el conocimiento de su objeto de estudio. Permite, entre otras cosas, huir de los abismos paralelos de las sobredeterminaciones estructuralistas sobre la práctica de los movimientos sociales, y de los enfoques individualistas que no aprehenden las dimensiones colectivas inherentes a estos fenómenos. La reivindicación de “espacializar las resistencias” de Oslender, evidencia las carencias de estos enfoques preguntándose de dónde surge la acción colectiva, de qué lugares, por qué allí y no en otro sitio, de qué manera su lugar de origen marca las características, estrategias y éxitos o fracasos de los movimientos en su relación con otros actores y otros proyectos espaciales sobre el territorio por el que pugnan.

Y Oslender responde. En un contexto de conflicto armado que provoca desplazamientos, violencia masiva y desposesión, los procesos organizativos locales y los sentimientos de lugar son intentos reales de apropiación del territorio por parte de los más desfavorecidos. Los consejos comunitarios son una creación del Estado colombiano, pero a menudo se han revelado también espacios de resistencia local para la defensa del territorio. El reto actual para el movimiento social de comunidades negras, es abrir una política multiescalar que le permita coordinar los planos locales con el nacional y el global. Un proyecto netamente político, indisolublemente geográfico.